

ramito de violetas colocado en su pecho, comprado para él, y que no se atrevía á ofrecerle.

Ya no tenía amor para ella. Era cosa terminada. El hombre más cruel sintiera piedad ante aquella dulce criatura, ante aquel cuerpo sensual, ante aquella carne lechosa y sonrosada, ante aquella flor grande y tibia, tan espléndida, abandonada, desolada, sin cuidados ni cultivo.

Ella sufría. Y como era piadosa buscó en la religión un remedio á sus sufrimientos. Pensó que una entrevista con el padre Guitrel haría mucho bien á Kaul; resolvió ponerle en su casa en presencia del sacerdote.

XV

Gustavo Dellion, antes de vestirse, separó las cortinas de la ventana viendo pasar en la sombra, sembrada de luces, los faroles de los coches. Su mirada se distrajo un momento; desde las dos estaba en aquel cuarto, aislado por completo del mundo exterior.

—¿Qué miras?—le preguntó desde el fondo de la cama la señora de Gromance sujetándose los cabellos desatados—. Enciende la luz; no se ve nada.

Encendió las velas que se alzaban sobre la chimenea en pequeños candelabros de cobre, al lado de un reloj dorado, con figuras campestres. Una luz tenue hizo brillar el espejo del armario, y re-

lucir la cornisa de palo santo. Varios reflejos palpitaban en la habitación sobre la ropa y los trajes esparcidos y morían en los pliegues de las cortinas, blandamente.

Era el cuarto de un buen hotel, situado en una calle cercana al bulevar de los Capuchinos. La señora de Gromance lo había escogido con su prudencia despreciando las componendas menos sutiles de Gustavo Dellion, que había alquilado para sus entrevistas un cuarto bajo de la solitaria Avenida Kleber. Ella opinaba que una mujer, cuando tiene asuntos particulares, debe resolverlos en el tumultuoso corazón de París, en un hotel de buena apariencia, frecuentado por gran número de viajeros de razas extranjeras y diversas. En junto no pasaba en París más que dos meses del año. Pero iba y venía muy á menudo viendo á Felipe con una facilidad de que no disfrutaba en provincias.

Se sentó al borde de la cama, ofreciendo á la acariciadora luz su cabellera rubia, ligera, la carne lechosa de sus hombros caídos y de su bonito pecho, un poco bajo. Luego, dijo:

—Estoy segura de que también hoy llegaré tarde. Dime la hora, hijo mío, y no me engañes. Se trata de un asunto muy serio.

El, con tono bastante áspero, respondió:

—¿Por qué me llamas siempre «hijo mío»? Son las seis y diez.

—¿Las seis y diez? ¿Estás seguro?... Te llamo hijo mío por amistad... ¿Cómo quieres que te llame?

—Yo te llamo Clotilde, bien puedes llamarme Gustavo.

—No tengo costumbre de llamar por el nombre. El, con amargura, dijo:

—¡Eso es distinto! Como no tengo la pretensión de cambiar tus costumbres...

Ella, cogiendo las medias del suelo, estirándose como una gata que coge un ratón, dijo:

—¡Qué quieres! Nunca se me ha ocurrido llamarte por tu nombre como á mi marido, á mi hermano, á mis primos.

—¡Está bien! ¡Está bien! Me conformaré con la costumbre.

—¿Qué costumbre?

Y descalza, en camisa, con las medias en la mano, fué á darle un beso en el cuello.

No era listo, pero era desconfiado. Alimentaba en su imaginación una inquietud... Sospechaba que la señora de Gromance evitaba los nombres propios en amor, temerosa de confundirlos en un momento de emoción, pues era muy sensible.

No se puede decir que estuviera celoso, pero tenía amor propio. Si hubiera sabido que la señora de Gromance le engañaba, su vanidad hubiese padecido. Por otra parte, no deseaba á aquella bonita mujer más que por creerla muy deseada por todos. No estaba muy seguro del goce que reportaba ser el amante de la señora de Gromance. ¡Una mujer de mundo, no era ya lo usual! Sus más íntimos amigos no tenían queridas como aquella. Preferían un automóvil. Ella le gustaba

y le agradara ser su amante, si eso fuese de moda, pero no siéndolo, no comprendía su obstinación en conservar aquellas relaciones. En él no estaban de acuerdo el instinto profundo del hombre y la experiencia del mundo, y no tenía el espíritu muy apto para conciliar semejantes antinomias. Resultaba de todo esto algo imperfecto é indeterminado, que no disgustaba á la señora de Gromance, poco cuidadosa de dar explicaciones precisas y de establecer una situación clara. Aquella encantadora mujer le decía en circunstancias oportunas: «No he sido nunca más que tuya»; pero era con menos deseos de persuadirle que por emplear el lenguaje más conveniente á las circunstancias, y en aquellos momentos, que eran en los que menos reflexionaba, no le chocaban las dificultades enormes que traía consigo la creencia de tal afirmación. Las dudas le asaltaban luego, razonando.

Las expresaba con frases irónicas y crueles, y practicaba el arte de sostener su pensamiento en una vaga inquietud. Aquella vez mostróse menos áspero que de costumbre, menos amargo, y apenas dejó traslucir celos y desconfianza. Sólo hizo gala del mal humor estrictamente indispensable después de la satisfacción del deseo. La señora de Gromance debía esperar los más negros accesos de rencor y de malevolencia. Aquel día, en efecto, con brío y dulzura, inspiración natural y ciencia profunda, obtuvo de él las realidades del amor más liberalmente de lo que se las conce-

día de ordinario, por decidido propósito. Le hizo salir de su moderación, lo cual no perdonaba él fácilmente, cuidadoso de su salud y muy atento á conservarse para los ejercicios de *sport*. Cada vez que la señora de Gromance le arrastraba más allá de lo razonable, se vengaba luego de ella, con procaces palabras ó con un silencio más procaz aún. Ella no se disgustaba, conociendo bien las prácticas de amor, y sabedora por experiencia de que los hombres son desapacibles cuando están satisfechos. Esperaba, sin inmutarse, reproches que sabía merecidos. Pero se engañó. Gustavo expuso tranquilamente su pensamiento, expresión de una alma reposada, serena:

—Mi camisero es un buey.

Entre tanto, seguía vistiéndose minuciosamente delante del espejo, y revolviendo en su imaginación misteriosas ideas. Después de algunos segundos de recogimiento preguntó con un tono nada agrio:

—¿Conoces á Loyer; verdad?

Ella, radiante, con la carne límpida y fresca, sentada en un gran sillón de terciopelo oscuro, se abrochaba las botas. Los cabellos inundados de luz, desnuda, con su camisa machucada, inclinada la cabeza y el pecho sobre sus piernas cruzadas, con aquella escasa ropa que se deslizaba, en aquel traje corto tan pintoresco, parecía una figura alegórica de algún techo veneciano. Felipe no se enteró de semejante parecido, y repitió su pregunta:

—¿Conoces á Loyer?

Ella levantó la cabeza y dejando el abrochador colgado en la punta de un dedo, dijo:

—¿Loyer, el ministro? Sí, le conozco.

—¿Le conoces mucho?

—Mucho, no. Pero le conozco.

Loyer, senador, canciller, ministro de Cultos, era un viejo solterón de poca apariencia, bastante honrado cuando no se trataba de política, sabiendo un poco de Derecho, filósofo encanecido en los amores fáciles y en las conversaciones de café. Habiéndose aproximado en su madurez á las mujeres de buena sociedad, las devoraba con los ojos á través de sus lentes de oro.

Muy verde aún, á los sesenta años había apreciado en su valor á la señora de Gromance cuando apareció ante él en los salones de la prefectura. Hacía siete años de aquel encuentro. Loyer había ido á inaugurar en la ciudad del Sr. Worms-Clavelin, la estatua de Juana de Arco. Entonces fué cuando pronunció el discurso memorable que terminaba magníficamente con un paralelo entre la Doncella y Gambetta: «transfigurados ambos—decía el orador—por la sublime iluminación del patriotismo.»

Los conservadores, ligados ya secretamente á la política hacendista de la República, agradecieron al ministro que los uniera al régimen con los honrosos lazos de un sentimiento generoso.

El señor Gromance, tendiendo la mano al ministro, le había dicho: «Un viejo patriota, señor

ministro, le da las gracias por Juana y por la Francia.» Al pasearse con la señora de Gromance, por la noche, á los resplandores de las lámparas venecianas, en los profundos jardines de la prefectura, bajo los árboles plantados en 1690 por los benedictinos de Sillé, para que dos siglos después la señora de Worms-Clavelin les debiera aquella sombra: el ministro, que tuvo noticia por el propio prefecto de que el viejo patriota era el marido más engañado del departamento, había murmurado algunas galanterías junto á la oreja sonrosada de la hermosa dama. Era borgoñón y se jactaba de ser un borgoñón picaresco. Sensible á la hermosura de aquella noche histórica, al separarse de la señora de Gromance la dijo:

—Estas iluminaciones convidan á soñar.

Loyer no disgustaba á la señora de Gromance. Después le había pedido algunos favores agrícolas y vecinales, que el viejo la concedió sin hacérselos pagar de ninguna manera, muy satisfecho de poder olisquear los brazos y los hombros de la hermosa adicta, y preguntar con tono burlón por la salud del viejo patriota...

Podía, pues, confesar francamente sus amistades con Loyer, que había aceptado de nuevo la cartera de Cultos con el ministerio radical.

—Conozco á Loyer, como se conocen las personas que frecuentan la misma sociedad. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque si estás bien con Loyer, le pedirás una cosa que voy á indicarte.

— ¡Qué! ¿Quieres una condecoración como Bergeret?

—No—respondió gravemente Gustavo—. Se trata de un asunto más importante. Harás el favor de recomendar al padre Guitrel.

Se levantó sorprendida. Entre sus medias negras y su camisa, brillaba su carne fresca. La admiración la comunicaba cierto aspecto candoroso. Preguntó:

—¿Para qué?

El se anudaba la corbata con cierto esmero.

—Para que Loyer le haga obispo.

—¡Obispo!

Esta palabra representaba para la señora de Gromance ideas abundantes y precisas.

Desde muchos años atrás, veía á monseñor Charlot officiar los días de fiesta en la catedral, gordo y rechoncho, revestido de oro bajo la mitra, con su capa pluvial, rubicundo, informe, augusto. Había comido con él muy á menudo. Se había sentado á su mesa. Con todas las señoras de la diócesis admiraba las ingeniosas réplicas y las hermosas pantorrillas encarnadas del cardenal-arzobispo. Conocía además un gran número de obispos muy venerables. Pero nunca había reflexionado sobre las condiciones por las cuales la dignidad episcopal se concedía á los sacerdotes. Pareciéndola muy extraño que un señor simpático, pero vulgar y picaresco, como Loyer, tuviera el poder de nombrar un prelado como monseñor Charlot, permaneció pensativa. Desde la cama

deshecha al velador lleno de bizcochos y de botellas de Málaga; desde la silla donde estaban sus corsé y sus pantalones, hasta el juego de tocador en desorden: por todo el cuarto paseó la mirada de sus hermosos ojos poco inteligentes que se alucinaron con visiones de roquetes de encaje, de báculos, de cruces pectorales, de anillos de amatista. Y no comprendiendo bien, preguntó:

—¿Se nombran así los obispos? ¿tú crees?...

—Sin duda—respondió él muy seguro.

Mientras tanto ella se abrochaba el corsé, pensativa.

—Entonces crees, hijo mío, que si le pidiera á Loyer que nombrara al padre Guitrel obispo...

El aseguró que Loyer, un viejo verde, no se lo negaría á una mujer bonita.

Se sujetó el pantalón de seda rosa en un corchete del corsé de raso. Y mientras él insistía para que hiciese aquella recomendación al ministro, la señora de Gromance comenzó á sentir alguna desconfianza y muchísima curiosidad. Entonces le preguntó:

—Pero, hijo mío, ¿para qué quieres que el padre Guitrel sea obispo? Di, ¿para qué?

—Para complacer á mamá. Y, además, porque me interesa ese sacerdote. Es inteligente en sumo grado... ¡Y no hay tantos así!... ¡De veras! Es moderno... Tiene las ideas del Papa. Y luego ¡mamá se alegraría tanto!

—Entonces, ¿por qué no habla á Loyer ella misma?

—En primer lugar, amiga mía, no es la misma cosa. Y luego, porque en este momento mis padres no están bien con el Ministerio. Mi padre, como presidente de la Cámara sindical de metales, ha protestado contra las nuevas tarifas. ¡No comprendes qué fastidiosas son las cuestiones económicas!

Pero ella sabía muy bien que la engañaba, y que no era por amor filial por lo que se mezclaba en cuestiones eclesiásticas.

En pantalón de seda rosa, con flores rosa también, iba de un lado á otro, agachándose, levantándose, volviéndose á agachar, ágil y ligera, en busca de su enagua perdida en el montón perfumado de sus revueltas ropas.

—Hijo mío, quisiera saber tu opinión...

—¿Sobre qué?

Después de haberse puesto la corbata delante del espejo y encendido un cigarro, se entretenía siguiendo con la mirada los movimientos de la señora de Gromance en aquel traje que exageraba todo lo femenino de aquel cuerpo de mujer. No sabía si era ridícula ó graciosa. No sabía si era menester juzgar aquel espectáculo ajeno de belleza ó saborearlo como un goce artístico. Su perplejidad provenía de que recordaba una larga discusión, ocasionada con un motivo semejante, en casa de su padre, una tarde del invierno pasado, por dos viejos entendidos: el señor de Termondre, que no conocía nada tan adorable como una mujer bonita en corsé y pantalón, y Pablo

Flin, que se dolía del aspecto desdichado de una mujer en aquel momento preciso de su *toilette*. Gustavo siguió la discusión, que era entretenida, no sabiendo hacia quién inclinarse. Terremondre tenía experiencia, pero estaba anticuado y era con exceso artista. Pablo Flin tenía fama de tonto, pero era muy elegante. Gustavo se inclinaba por malevolencia natural y afinidades electivas hacia la opinión de Pablo Flin, cuando la señora de Gromance se puso su enagua rosa con flores rosadas.

—Hijo mío, dame tu opinión. ¿Se usan este año confecciones de nutria? ¿Qué te parecería un traje de paño encarnado... de un encarnado un poco vivo... un color rubí... con un figaro de nutria y una gorrita de nutria donde luciera un ramito de violetas de Parma?

El permanecía pensativo, dejando sólo adivinar sus pensamientos por una inclinación de cabeza. Y por entre sus labios, salió al fin en vez de palabras, el humo del cigarro.

Ella, con la visión de las cosas soñadas, prosiguió:

—Con botones de piedras antiguas... Las mangas muy estrechas y la falda ceñida.

Al fin él habló:

—La falda ceñida. No veo en ello ningún inconveniente.

Entonces, recordando que su amante no entendía nada de faldas ni chaquetas, tuvo una idea e hizo la siguiente reflexión:

—¡La verdad que es muy raro! Los hombres

que no gustan mucho de las mujeres son los que más se interesan por la manera de vestir de las mujeres. Y los hombres que las desean ni siquiera reparan cómo van vestidas. Estoy segura de que tú no podrías decir qué traje llevé el sábado á casa de tu madre; mientras que Sucquet, que tiene gustos distintos—eso es indudable—habla muy bien de trapos. Ha nacido para modisto ese muchacho. Dí, ¿cómo te explicas tú esto?

—Sería largo de contar.

—Hijito, perdona: te sentaste sobre mi falda. Ahora que me acuerdo: Manuel se queja de que le olvidas. Ayer te esperaba para enseñarte un caballo que quiere comprar; y tú no fuiste. No está contento.

Con estas palabras Felipe estalló en invectivas:

—Tu marido me revienta. Es un idiota, un grotesco... Es una lapa. Convendrás en que pasarse el día en la cuadra, en la perrera ó en el huerto... pues también tiene la manía de la agricultura ¡ese lisiado! Examinar la comida de los perros, el pienso de los caballos, los pasteles de fosfato sistema Brême-Ducornet, no es una ocupación muy grata. Encuentro muy duro que porque tú y yo tengamos relaciones tu marido no me suelte un momento. Es tan estúpido que todo el mundo lo nota. Te juro que se sabe.

Ella respondió con dulzura y gravedad, poniéndose la falda:

—No hables mal de mi marido. Puesto que hace

falta uno, me considero feliz con ese. Piensa, hijo mío, que podría ser peor.

Pero Gustavo no se calmaba.

—¡Y el muy animal te quiere!

Ella hizo una mueca y alzó los hombros como queriendo decir: «Eso es poca cosa».

Al menos así lo entendió Gustavo, y exagerando en este sentido, prosiguió:

—Basta ver su cabeza para cerciorarse de que no es un contrincante poderoso. Pero hay cosas que son muy desagradables cuando se piensa en ellas.

La señora de Gromance dirigió á Gustavo una mirada feliz y tranquila, que aconsejaba olvidar los pensamientos penosos, y fué á imprimir en sus labios un beso magnífico, como un sello real de cera escarlata.

El la dijo:

—Cuidado con el cigarro.

Ya vestida con su traje gris, muy sencillo, se arreglaba sus ligeros cabellos bajo la toca. De pronto soltó la risa. El la preguntó por qué se reía.

—Por nada.

Mostró empeño por saberlo.

—Pues estaba pensando que cuando tu madre tuviera citas... allá en sus tiempos... debía verse muy apurada por el peinado si se hacía poner todos los días aquel hermoso monumento de pelo que tiene en el retrato del salón.

No sabiendo cómo tomar aquella broma que le chocaba, él nada contestó.

Ella prosiguió:

—No te habrás enfadado, al menos. ¿Mé quieres, di?

No estaba enfadado. La quería. Entonces ella volvió de nuevo á su idea:

—¡Es muy raro! Todos los hijos creen en la virtud de su madre. Las hijas también, pero menos. Sin embargo, no basta con que una mujer tenga hijos para que se asegure que no tiene amantes.

Pensó un momento, y dijo:

—Son muy complicadas las ideas que se forman en esta vida. Adiós, hijo mío. Tengo el tiempo justo de volver á pie.

—¿Por qué á pie?

—Primero, porque es bueno para la salud. Y eso explica que no haya venido en coche. Y además, porque no es molesto.

Se examinó de perfil, luego de medio lado, luego de espaldas al espejo.

—Por ejemplo, á estas horas, estoy segura de encontrar no pocos que me sigan.

—¿Por qué?

—Porque no tengo una figura despreciable.

—Quise preguntar por qué estás segura á estas horas.

—Porque es de noche. Por la noche, antes de comer, hay recrudescencia.

—Pero ¿quién te sigue? ¿Qué clase de gente?

—Empleados, hombres que salen de los casinos, obreros, sacerdotes. Ayer me siguió un ne-

gro. Llevaba un sombrero reluciente como un espejo. Era muy amable.

—¿Te habló?

—Sí. Me dijo: «Señora, ¿quiere usted subirse conmigo á un coche? ¿Teme usted comprometerse?»

—Es estúpido.

—Algunos dicen muchas sandeces. Adiós. ¡Cuánto hemos gozado!, ¿verdad?

Tenía ya la mano sobre la llave de la puerta cuando él la detuvo.

—Clotilde: prométeme que irás á ver al ministro Loyer, y que le dirás, de una manera conmovedora: «Señor Loyer, hay un obispado vacante; nombre usted al padre Guitrel. No puede usted tener una elección más acertada. Es un eclesiástico con las ideas del Papa.»

Ella meneó su linda cabeza.

—¿Ir á ver á Loyer á su casa para eso? ¡No! ¡No me verás en la jaula del gorila! Hay que buscar una ocasión: encontrarle en casa de algunos amigos.

—Pero, si es un asunto muy urgente—repuso Gustavo—. Loyer puede firmar los nombramientos de los obispados vacantes de un momento á otro. Hay varios.

Ella reflexionó, haciendo un esfuerzo de imaginación:

—Tú estás equivocado, hijo mío. No es Loyer quien nombra los obispos: es el Papa, te lo aseguro, ó el nuncio; y la prueba es que Manuel de-

cia el otro día: «El nuncio debería vencer la modestia del señor Goulet y ofrecerle un obispado.» Ya lo ves.

El hizo lo posible para convencerla, dándole toda clase de explicaciones:

—Oyeme: el ministro elige los obispos, y el nuncio aprueba la elección del ministro. Eso se llama el Concordato. Tú le dices á Loyer: «Tengo un sacerdote inteligente, liberal, concordatario, con las ideas del...»

—Ya sé.

Y abriendo unos ojos muy grandes prosiguió:

—De todos modos, es una cosa muy extraordinaria lo que me pides, hijo mío.

Motivaba su sorpresa el respeto que la inspiró siempre todo lo religioso. El era menos aprensivo en este punto; pero también era más delicado. Meditó su recomendación creyéndola en efecto extraordinaria; sin embargo, como tenía interés en que se realizase el negocio, trató de tranquilizar á la señora de Gromance.

—No te pido nada que sea contra la religión. Al contrario.

Ella, volviendo á sentir su primera curiosidad, preguntó:

—Pero, hijo, ¿por qué quieres que el padre Guitrel sea obispo?

El repitió, algo azorado, lo que había dicho:

—Mamá lo desea, y además otras personas.

—¿Quiénes?

—Muchas... Los Bonmont...

—¿Los Bonmont? Si son judíos.

—Eso no importa. Hay judíos hasta en el clero. Al saber que los Bonmont se mezclaban en aquel negocio, ella olfateó algún chanchullo; pero como tenía el corazón tierno y el alma fácil, prometió hablar al ministro.

XVI

El padre Guitrel, candidato al obispado, fué introducido en el despacho del nuncio, monseñor Cima, el cual impresionaba desde luego por los rasgos pálidos de su fisonomía que el tiempo fatigó sin envejecerla. A los cuarenta años tenía el aspecto de un adolescente enfermo. Cuando bajaba los ojos, su rostro era el de un muerto. Hizo seña al visitante de que se sentara, y para escucharle, tomó en la butaca su actitud acostumbrada: el codo derecho en la mano izquierda y la mejilla reposando inclinada en el hueco de la mano derecha: mostraba en aquella actitud una gracia casi fúnebre, recordando ciertas figuras de los bajo relieves antiguos. Su fisonomía sosegada velábase con un tinte melancólico, y en cuanto sonreía, tomaba una cómica expresión. La mirada de sus ojos sombríos causaba una impresión penosa, y decían en Nápoles que daba mal de ojo. Pasaba en Francia por un hábil político.

El padre Guitrel creyó prudente no hacer más

que una rápida alusión al objeto de su visita.

Que la Iglesia, en su infinita sabiduría dispusiera de él. Todos sus sentimientos hacia ella se confundían en el de una absoluta obediencia.

—Monseñor—añadió—, soy un sacerdote, es decir, un soldado. Aspiro á la gloria de obedecer.

Monseñor Cima, habiendo inclinado lentamente la cabeza en señal de aprobación, preguntó al padre Guitrel si había conocido al difunto obispo de Tourcoing, el señor Duclou.

—Le conocí en Orleans, monseñor, cuando era cura.

—En Orleans. Es una ciudad agradable; allí tengo parientes, unos primos lejanos. El señor Duclou tenía mucha edad. ¿De qué enfermedad murió?

—De mal de piedra, monseñor.

—Es el fin de muchos ancianos, aunque la ciencia de curar ha procurado, desde hace algún tiempo grandes alivios á tan terrible incomodidad.

—Es cierto, monseñor.

—Yo conocí al señor Duclou en Roma. Jugaba conmigo al *whist*. ¿No ha estado usted nunca en Roma, señor Guitrel?

—Monseñor; es un consuelo que me ha sido negado hasta el presente. Sin embargo, he vivido mucho con el pensamiento en la Ciudad Santa. Mi alma ha ido al Vaticano, ya que no pudo ir mi cuerpo.

—¡Sí!... ¡Sí!... El Papa tendrá mucho gusto en verle. Ama á Francia. La estación preferible: